

Gutiérrez Garay, Oskar. 2018.
El tiempo del lenguaje. Bogotá:
 Ediciones Uniandes [120 pp.]

Una didáctica novela sobre el lenguaje

Melissa Serrato Ramírez*

Desde que se inicia la lectura de *El tiempo del lenguaje*, de Oskar Gutiérrez Garay, se hace difícil definir qué tipo de obra se tiene entre las manos. Tiene la vocación de una crónica, en la medida en que la totalidad de la historia describe, con la precisión de las horas, los minutos y los segundos, un día en la vida de Juan Román Kanter, el protagonista.

Sin embargo, la teoría de la crónica —tan en boga entre las grandes plumas del periodismo literario contemporáneo— queda rápidamente descartada porque este género pertenece a la esfera de la no ficción, es decir que todo lo que relata está basado en la realidad. Aquí, por el contrario, sabemos que Juan no es una persona que, como tal, pise la Tierra, sino un tipo hecho de tinta y papel.

En todo caso, esa estructura, que atraviesa el relato de principio a fin, nos permite ser testigos presenciales del minuto a minuto de la vida de Juan y, además, nos ofrece la posibilidad de enterarnos de su discurrir mental, con un estilo que llega a recordar a *Ulises*, de James Joyce. Así, se van ampliando las variables de la ecuación, pues ya no solo presenciamos las acciones del protagonista, sino que también nos acercamos a sus pensamientos, y con ellos, a su más profunda intimidad.

Es gracias a ese nivel de detalle que podemos confirmar que no es un cronista el que narra, sino el mismo Juan. Aunque de nuevo se hace difícil arrojar una afirmación certera: ¿el mismo Juan es quien narra? Para responder a esta pregunta nos topamos frente a un problema nominativo: el narrador de *El tiempo del lenguaje* se refiere a veces a Juan como “el hombre” (p. 9): “5:22 a. m. El hombre abre los ojos por primera vez en el día” (p. 9), así se abre la novela. ¿Quiere decir que nuestro narrador podría ser un narrador omnisciente que observa y conoce al milímetro y desde un lugar privilegiado la vida entera de ese hombre que es Juan?

No necesariamente, porque esa mención en tercera persona es escasísima. Sucede casi esporádicamente, por lo que el lector no tiene mucha conciencia de quién narra, más aún porque en la mayor parte de la obra, Juan habla desde la primera persona. Entonces: ¿es o no Juan el que cuenta? A línea seguida agrega: “Estoy arrinconado en la cama. Acalambrado, reconozco los espacios que se abren entre la oscuridad. Su cama, otrora fortín

* Magíster en Ciencias Políticas y Sociales, con especialidad en Medios, Lenguajes y Sociedades, por la Universidad París II-Panthéon-Assas, Francia. Literata y Periodista-corresponsal internacional, basada en París.
 ✉ melissa.serrato@gmail.com

individual y terreno infranqueable, está habitada ahora por dos seres más. El hombre dividido, múltiple” (p. 9).

“El hombre abre los ojos”; es decir, Juan abre los ojos. “Estoy arrinconado” (p. 9); es decir, yo, que es igual a Juan. Pareciera un error o una trampa de un hábil narrador, para hacernos dudar a lo largo de varias páginas. Se hace necesario seguir leyendo para confirmar lo que se hizo explícito desde ese primer párrafo, pues lo cierto es que el equívoco está resuelto desde el principio: Juan es el hombre múltiple. Juan es el hombre al que el lenguaje condiciona con sus pronombres hasta para automencionarse.

Ahora, volvamos a su multiplicidad. No hay que entender aquí lo múltiple como un sinónimo de polifacético; de hecho, Juan es más bien plano, más bien predecible, más bien unidireccional. Como personaje, no sorprende ni a los otros personajes que lo rodean. Su multiplicidad radica en las diferentes posibilidades de “ser” que, hasta él, el más plano de los seres, puede tener en un mismo día. Pasa de ser un tipo que se arrepiente de sus idioteces de la noche anterior, a un colérico energúmeno de clase media que defiende con uñas y dientes su carro nuevo —el carro, esa posesión simbólica que le asegura haber “triunfado” en la escala de valores materiales—. De ahí, salta con facilidad a ser un indignado con el sistema social y pensional de su país, a un coqueto empedernido, a un héroe momentáneo que salva a un gato abandonado, a un divorciado a punto de rehacer su vida con una mujer de la que podría ser el padre, a un padre que no acaba de entender cómo serlo, a un amigo que enfrenta la muerte de su mejor amigo, y a una víctima de la violencia que evita su propia memoria y hasta la oculta.

De todas formas, no hay que creer que esta novela es una exploración sobre el carácter, basada en un personaje común que en medio de su prosaica multiplicidad nos revela cómo el entorno moldea a su antojo al ser. De hecho, esta novela hay que leerla, más bien, desde el código de un ser más múltiple que dividido, y cuya única verdadera inmanencia es su ser profesor. Lleva más de veinticinco años ejerciendo y dicta una cátedra titulada Lenguaje y Cultura, pues esa máquina infinitamente compleja y variable que es el lenguaje es lo único que le da sostén y peso a su ser.

El lenguaje es a la vez su pasión, su obsesión y su conciencia; no hay momento en que no se cuestione acerca de sus implicaciones, usos, variables, quiebres, particularidades e intersticios. El “problema” del lenguaje lo acompaña de cerca, porque a la vez que lo conoce a tientas, se le escapa y se sabe condicionado del todo por él. Es eso, precisamente, lo que le da unidad a su multiplicidad. Sus reflexiones sobre el lenguaje alcanzan su vida entera, y lo más interesante es que llegan a explicarle —y de paso a explicarnos— la razón de ser de su carácter diletante.

Didáctica como una clase

Una vez que sabemos que es Juan quien narra su propia historia, es imposible perder de vista el hecho de que se trata de un profesor universitario, no solo porque, como ya lo anunciábamos, esa es la esencia primordial de su ser, sino porque además el narrador que es Juan les habla a sus lectores no como un personaje de novela, sino como un profesor, lo cual hace que la novela sea completamente didáctica. Es decir que el profesor que es Gutiérrez se desdobra en Juan, y, además de revelar-nos de manera camuflada algunos pasajes de su vida, nos deja ver los postulados que ha incorporado como propios, y al mismo tiempo cita, ejemplifica y debate en su mente sobre su tema: el lenguaje. Es lo que sucede en párrafos como este: “Vygotski dice que esa primera etapa del desarrollo es la etapa natural o primitiva. No hay conceptos, solo una imperiosa necesidad de comunicarse para poder sobrevivir. En clase explico que el desarrollo del lenguaje en ciertos casos es una enorme montaña rusa con un pico muy alto desde donde divisa todo con soberbia. La vista es magnífica, tan sublime por un breve momento, pero su magnificencia pasa como las flores. En breve comienzas a caer en picada a una velocidad incomprensible y terminas en el mismo punto. Apenas recuerdas lo que sucedió. La evolución es una elipse y no una línea recta” (p. 33).

En ese sentido, vale destacar uno de los aspectos que hacen de Juan un personaje cercano y ameno, y es que todo lo que entra en su cotidianidad pasa casi siempre por el filtro del problema del lenguaje y sale convertido en clase, lección o reflexión, para impregnarnos y hacernos dar cuenta de lo cercano e ineludible que es el lenguaje. Es lo que ocurre en el pasaje en el que recuerda todos los apodosos que solía colgarle a su exesposa: “Aniuska, Annie, Mariocha, Anisaurio, preciosa, fea, Animofles”; los trae a colación para hacernos caer en la cuenta de que Saussure había abordado ya ese tema y lo había denominado “la arbitrariedad del signo lingüístico; esa relación que une a un concepto con una imagen acústica siempre tiende a ser arbitraria. Con los años, ese monumental y complejo concepto que representaba ella, todo su ser, forma y alma, mutaba en conceptos completamente arbitrarios. No hay una relación intrínseca figurativa entre esas sucesiones de sonidos con las que la llamaba, con lo que representa su humanidad. Esta falta de motivos para todos sus nombres, para todas las formas cariñosas y los diminutivos empleados era una secuencia sonora cuyo enlace arbitrario acordamos desde nuestro cariño. La cosa es más formal ahora, mucho más con esas ásperas e intrincadas diferencias que manteníamos con respecto a la madurez de Silvana y que comenzaron con la muerte de Tomás. En el momento que más deberíamos haber estado juntos fue cuando comenzamos a separarnos. Nuestra primera separación fue lingüística. Ana María se quedó, a secas. Punto” (p. 55).

Son numerosos los pasajes de la obra en los cuales, a manera de buen profesor, Juan nos hace ver la omnipresencia del lenguaje. Es más, en una ocasión presenciamos una de las clases de Juan, que nos acerca a una concepción pragmática del lenguaje a través de un ejemplo del todo cotidiano: “la expresión colombiana del sereno”. Incluso, nos relata las reacciones de sus alumnos: “Comienzan a dar diferentes definiciones, muchas de ellas burlonas, sobre el sereno y sus propiedades curativas, perjudiciales, su delicada peligrosidad, su rigor silencioso: todo aquello que les suscita la palabra. ¿Por qué no puede haber una sola definición? El lenguaje es una cavidad abierta, un túnel en forma de bucle infinito donde transitan los signos que se crean y se recrean, y en esa actividad permanente seguramente podemos decir que el número de juegos del lenguaje es indefinido” (p. 77).

Es precisamente en esa medida que se hace evidente que Oskar Gutiérrez Garay, el autor de esta novela, no ha podido desembarazarse de su ser de profesor de lenguaje universitario para darle vida a este personaje. Es decir que Juan termina siendo algo así como un alter ego de Oskar, y la novela, más que literaria, se torna autobiográfica e incluso informativa sobre el contexto social en el que habita su protagonista-autor.

En ese sentido, nos encontramos por momentos con un personaje anclado en una de las características más representativas de nuestra época: “la indignación”. De ahí que esas cuestiones entre hondas y prosaicas acerca del lenguaje se interrumpen innecesariamente con reflexiones que se salen de ese fluir de lenguaje-conciencia y, valga decirlo, también del marco literario. Es lo que sucede, por ejemplo, en un pasaje que relata un encuentro con un colega, en la cafetería de un hospital, que se inicia como una conversación, pero se deforma pronto en un monólogo con todo y crítica incluida acerca del uso de las redes sociales, el sistema pensional del salario mínimo y el porcentaje que de este debe destinarse al transporte público.

Esos fragmentos hacen pensar más que nada en la falta de un editor, que bien habría podido sugerir a Gutiérrez problematizar esos mismos temas desde la óptica que lo persigue: la del lenguaje. Pero no. Aparecen más como parrafadas innecesarias, aunque valga decir que incluso en esos momentos se asoma lo más destacable de estos profesores, que es su permanente inquietud por el uso del lenguaje. Ellos mismos se dan a la tarea de interrumpir esas digresiones para volver a lo esencial, y lo hacen citando a quienes tienen, a su vez, por maestros: “Creo que ya es hora de cerrar la boca. Cuánta razón tenía Wittgenstein en el último aforismo del *Tractatus*: ‘De lo que no se puede hablar, es mejor callarse’” (p. 42), dice Juan. Y en otro momento similar, apunta: “Dice el gran Frank Bascombe, aquel personaje entrañable de Richard Ford: ‘las palabras pueden ser los emisarios más inadecuados de nuestros sentimientos’” (p. 42). En otro, remata con una certera afirmación de Clarice Lispector: “Lo indecible me será dado solamente a través del lenguaje” (p. 33).

El tiempo del lenguaje

La vocación didáctica de esta novela, que nos sumerge en un salón de clases, sumada a una estratégica narrativa del autor, que aborda y ahonda en las cuestiones del lenguaje que persiguen en la cotidianidad a Juan, logran convertirnos en ocasiones en lectores-alumnos. Es así como en medio de la lectura es posible encontrarlos frecuentemente preguntándonos y preguntándole al libro —o, de nuevo, a Juan, que es tan cercano al mismo autor—: “¿qué es entonces el tiempo del lenguaje?”.

En principio, sabemos que el lenguaje no es tiempo, pero que cambia por acción de tiempo; a diferencia del tiempo, que no es modificable por acción del lenguaje. Esa primera distinción parece obvia, pero si la novela repara en ella, es precisamente porque para avanzar en el contenido —recordemos que estamos frente a una novela didáctica y que, de la misma manera que sucede en una asignatura, vamos avanzando en la complejidad de los conceptos— es necesario tener en cuenta que el carácter del lenguaje no es uno permanente, sino que muta, se transforma y evoluciona, pero, como nos lo advierte Juan: “también se resiste a cambiar de la noche a la mañana” (p. 73).

Ante ello, la cuestión se va transformando: ¿el tiempo del lenguaje es aquel que dura ese cambio, esa transformación? A manera de puntadas, Gutiérrez va respondiendo. En las primeras horas de la mañana Juan asegura: “Pronunciar una palabra por primera vez solo se compara con la nostalgia de escucharla una última, porque ambos momentos son irrepetibles e inmanentes. ‘Te amo’, ‘mamá’ y ‘papá’, por ejemplo. Ese puede ser el tiempo del lenguaje” (p. 34). De nuevo, pareciera haber una contradicción o un equívoco, pues un “te amo” irrepetible no cambia, se fija en el tiempo, en un presente perfecto; en todo caso, ya se nos había dicho que el lenguaje tiene un carácter móvil.

Paciencia es lo que Gutiérrez parece pedirnos en su escritura, pues no resuelve todas las incógnitas de tajo, sino que va dosificando sus respuestas a medida que avanza la historia. Por eso, nos deja sembrada esa paradoja aparente, mientras lo acompañamos a desayunar, visitar a un amigo moribundo, quejarse de la sociedad y almorzar con su exmujer y la nueva pareja de ella. Esa larga antesala parece en la novela una forma de hacernos entender que la comprensión del lenguaje, si es que en algo logra alcanzarse, tarda en producirse, pues son múltiples los factores que se deben asimilar antes de asomarse a destellos de apropiación.

La resolución, entonces, de esa paradoja aparece en plena clase, mientras Juan les habla a sus estudiantes: “La música es el lenguaje más puro. Decía Vasili Grossman en su novela *Vida y destino* que la música que roza al moribundo no resucita en su alma la esperanza ni la razón, sino el milagro agudo y ciego de la vida. ¿Cuál es el tiempo del

lenguaje? El lenguaje respira, llora y piensa, pero ni su tiempo ni su límite son medibles ni cuantificables. El lenguaje presenta una dicotomía funcional donde lo lógico puede ser ilógico al mismo tiempo y viceversa. Esa lógica es la gramática, las leyes y normas tanto de orden como de sentido que dotan de significado a la melodía. El lenguaje es más que signos, grafemas y fonemas que se adicionan y se colocan sin orden, sin eso no habría ritmo y la composición sería atonal. Pero también es ilógico, se mueve como un tigre en la nieve, no sabemos exactamente para dónde va, surca el territorio con cautela dejando huellas; esas huellas con el tiempo se deslían pero en su tránsito va dejando unas más frescas y definidas, y eso es lo que rastreamos. No podemos decir exactamente para dónde va pero sí sabemos de dónde vino. Es inútil decirle a un moribundo que no se muera, pero sí podemos aplacar con música el dolor, la ausencia y la nostalgia en ese presente lingüístico que es maravilloso” (p. 73).

La respuesta, entonces, es que no hay respuesta, sino que estamos frente a una “dicotomía funcional” y que

la respuesta, al igual que el lenguaje, muta y se acomoda de acuerdo con el contexto. Aun así, la cuestión sigue sugiriéndose y desarrollándose, y la respuesta definitiva llega justo en la última línea de la obra y nos parte como un rayo. Es un final de novela feliz, después de la indignación, la multiplicidad y la forma didáctica que nada tienen que ver con los finales felices, pero lo cierto es que ese final feliz es más que nada una especie de reconciliación con el mundo hostil que ha rodeado la vida de Juan. “Las cosas del corazón —remata Juan o Gutiérrez— nunca dejan de pertenecer al corazón. Se enquistan, duermen, pero nunca mueren y ese es el verdadero tiempo del lenguaje” (p. 118). Entonces, el lenguaje con el que se escribe la autobiografía de la vida propia se adhiere y se hace inherente a la vida. El tiempo tan invariable, tan radical, escapa a sus reglas y nos pertenece por efecto del lenguaje. Lo que dura el lenguaje de “las cosas del corazón” se convierte en un tiempo infinito, porque para cada quien adquiere la carga del recuerdo y de la nostalgia, que dura lo que dura un instante o una vida.